

EL CUARTETO DE URGENCIA

Historia de la Cirugía de Urgencia en el Uruguay 1902 – 1952

La historia de la medicina uruguaya, cuando nos traslada a ciertos orígenes, en épocas donde con pocos medios se hacían proezas, es altamente estimulante comparada con la realidad actual. Es el caso del nuevo libro¹ del Ac. Prof. Em. Dr. Fernando Mañé Garzón, presentado hace pocas semanas en la Sociedad Uruguaya de Cirugía, que recoge tras un largo y paciente trabajo de investigación, los orígenes de la cirugía heroica que dio honor y gloria a nuestra profesión vernácula.

El 8 de julio de 1998 tuvo lugar en el Hospital Maciel un acto de homenaje a la creación de la Cirugía de Urgencia en nuestro país, organizado por el MSP y su Hospital Maciel, la Facultad de Medicina y su Departamento de Historia de la Medicina, la Sociedad de Cirugía del Uruguay y la Sociedad Uruguaya de Historia de la Medicina. Allí se volcó parte del material que luego se plasmó en este hermoso libro, que nos aporta no sólo las biografías, anecdotario, peripecias, aventuras y documentos reveladores de cuatro vigorosas personalidades médicas: Manuel Albo, Garibaldi J. Devincenzi, José Iraola y Domingo Prat, sino que agrega y descubre a:

Manuel Benito Nieto (1873 – 1940), el creador de la Cirugía de Urgencia en nuestro medio, graduado el 18 de enero de 1901, luego de haber realizado desde 1898 el desempeño del cargo de Practicante Interno. Integrante de la primera promoción de Practicantes Internos por concurso de oposición, de inmediato se dedica a la atención, luego de pasar por las Clínicas Quirúrgicas de José Pugnolini (1840 – 1899) y de Luis Pedro Lenguas (1868- 1932), así como por las de Isabelino Bosch (1854 – 1924) y de Juan Francisco Canessa (1869 – 1939). Es nombrado en 1902 en forma interina, médico interno y luego en forma titular, previo concurso, el 2 de mayo de 1903, consagrando su trabajo a la atención de los pacientes que llegaban a la Puerta del Maciel, junto al Dr. Ricardo Vecino (1876 – 1953), que sería más tarde el primer director del Hospital Militar, cuando

¹ MAÑÉ GARZÓN, Fernando: **EL CUARTETO DE URGENCIA. Historia de la Cirugía de Urgencia en el Uruguay 1902 – 1952.** Ediciones de la Plaza. Colección Testimonios. Montevideo, febrero de 2005. 255 páginas.

éste se habilitara en 1908. Manuel B. Nieto se ubica en o antes de 1904, realizando las primeras publicaciones, una sobre herida de arma blanca que atravesó estómago y diafragma; y otra fundamental, sobre heridas del corazón y pericardio, lo que le da prioridad latinoamericana. Realiza para la época una revisión ampliamente esclarecedora de la literatura consultada, mostrando conductas, experimentación en animales y resultados clínicos. Su dedicación y experiencia creciente le llevó a su trabajo de investigación más importante, publicado en París, en 1908, sobre la conducta quirúrgica en las heridas tóraco-abdominales, siendo el primer trabajo de investigación quirúrgica original de un autor uruguayo, que había sido precedido de otro sobre dichas heridas en 1907 en la Revista Médica del Uruguay, mostrando su temperamento intervencionista en todos los casos, así como sus excelentes resultados. En 1908 su publicación abarca siete casos obteniendo la curación de cinco de ellos. Pero fue su ulterior y completo trabajo sobre heridas del corazón, que le ocasionó el mayor prestigio, presentado al Congreso Científico Internacional de Buenos Aires en 1910.

Manuel B. Nieto pasa a ocupar la Dirección del Hospital Maciel desde 1912 hasta 1925; formó parte del Consejo Directivo de la Facultad de Medicina entre 1910 y 1912; más tarde, al fundarse en 1922 el Hospital Pasteur, se le nombra cirujano de urgencia, tarea que desempeña hasta 1930. Entre 1925 y 1928 integra el Consejo de la Asistencia Pública Nacional, presidido por José Scoseria, período de relevante importancia para la organización de la salud pública nacional. Decía Nieto refiriéndose al servicio y su organización:

“En una época en que la cirugía de urgencia en sus grandes problemas clínicos, se dio cuenta cuál debía ser el criterio a seguir, y cuál la técnica mejor a efectuar en las operaciones de urgencia, que se discutía apasionadamente en los grandes centros científicos de Francia, la conducta a seguir en las heridas de bala del vientre, en las heridas tóraco-abdominales, en las heridas de corazón, etc. En el servicio de entrada tuve la inmensa satisfacción de declararme intervencionista. De rodearme de un grupo de practicantes, a quienes no he dado cursos teóricos, pero a quienes por una influencia y por circunstancias especiales, pude comunicar mis entusiasmos, mi decisión, mi amor entrañable a esta cirugía.... Ese grupo de estudiantes que me acompañaban en todos los momentos, que permanecía día y noche, en el salón de guardia, famoso

por sus amenas reuniones a la espera de una gran intervención, prontos para ayudar en la intervención. Constituida la guardia de esa forma, formaban las avanzadas en la lucha contra la muerte, que amenazaba al herido, cuya responsabilidad se me confiaba. Sin una vacilación se procedía inmediatamente a la intervención y esos mismos practicantes seguían al enfermo, con el mismo entusiasmo. Algunos de ellos son hoy eminentes cirujanos... Después de 10 años de prestar mis servicios de cirujano de urgencia, mi mayor preocupación fue organizar el servicio de entrada, con ese objeto solicité de la Dirección General la creación de 4 puestos de cirujano que son los que tiene actualmente”.

Esos jóvenes practicantes, cuya graduación se había producido alrededor de 1909, fueron los primeros continuadores de la obra fundacional de Nieto. En distintos momentos orientaron (dos de ellos: José Iraola y Domingo Prat) sus estudios una vez graduados, concurriendo a largas estancias en las clínicas más prestigiosas de París, revelando a través de cartas y tarjetas postales, su afectuosa vinculación con su mentor.

Manuel Albo (1886 – 1935) nacido en un pequeño pueblo de Lugo (Galicia) había llegado al Uruguay en 1891, a los 5 años de edad. Fue el primero que viajó expresamente a Estados Unidos con el ánimo de ampliar su formación quirúrgica. Su amigo Julio Nin y Silva, algunos años después, repitió similar periplo, viajando a París en 1914, a la Clínica Mayo en 1915, retornando posteriormente a Europa donde permanece hasta 1918. Desde 1912 ocupa uno de los cuatro cargos de Cirujano de Urgencia del Hospital Maciel. En 1913 fue designado Profesor Agregado de Anatomía Topográfica y Medicina Operatoria. En 1919 es designado para la titularidad de la Cátedra de Medicina Operatoria. En 1923 se crea la Cátedra de Cirugía Infantil y Ortopedia, que Albo ocupará en 1926 ganando en concurso respectivo. Viajará al Instituto Ortopédico Rizzoli, en Bolonia, Italia, en 1929 y 1931, preocupado por la formación traumatológica. Fue diputado por el Partido Nacional en dos períodos legislativos, entre 1923 y 1931, transcribiéndose algunas de sus intervenciones fundamentales en ese difícil período. Tal vez sea su actuación parlamentaria uno de los jalones más importantes de todos los desempeñados por legisladores médicos en todos los tiempos, por la profundidad de sus conceptos y la vastedad de su conocimiento, que abarca aspectos de salud pública, de investigación científica, o de la

organización de los institutos de la Facultad de Medicina, entre muchos otros.

Garibaldi J. Devincenzi (1882 – 1943) nació en Maldonado el 20 de diciembre de 1882, hijo de un destacado hombre público de dicho departamento. Graduado en mayo de 1909, completa su formación quirúrgica fundamentalmente junto al Dr. Juan Francisco Canessa (“Papá Canessa”). Se había vinculado desde sus últimos años de estudiante a la Enseñanza magisterial superior, ocupando una de las Cátedras de Ciencias Naturales del Instituto Normal. Asiduo concurrente a los Servicios del Hospital de Caridad desde 1908, es nombrado el 12 de febrero de 1912, junto a los otros integrantes, médico de urgencia interno del hospital Maciel; único servicio existente para atender las emergencias médicas y particularmente quirúrgicas de toda la República. Su tarea como investigador en ciencias naturales culminaría con la designación como Director del Museo Nacional de Historia Natural, cargo que ejerció hasta su retiro en 1942.

José Iraola (1881 – 1967), nacido en el área rural de Lascano (departamento de Rocha) en 1881, ingresó a la Facultad de Medicina en 1902 integrando también la cuarta generación de médicos nacionales, la llamada Generación de 1909. Concorre a París al graduarse, para completar su formación, entre 1909 y 1912, compartiendo la experiencia en diversos períodos con Alberto Mañé, Domingo Prat, Abel Zamora, Eduardo Blanco Acevedo, José Pedro Urioste, Mario Artagaveytia, Lorenzo Mérola y José Bonaba. Allí no sólo cultivan el conocimiento de las mejores clínicas y los más afamados cirujanos, sino que forman parte de la movida cultural parisina, enriqueciéndose con las frecuentes visitas a museos, teatros y círculos literarios, así como al ambiente galante que era uno de los mayores atractivos de la Ciudad Luz. Vuelto a Montevideo estrecha vinculación con su venerado maestro Luis Pedro Lenguas. Con Alejandro Nogueira abre un sanatorio particular en 1922 en el cual concentran su práctica privada, en el que luego fue sede de la mutualista Uruguay España. Diría de él don Víctor Armand Ugón:

“Poseedor de gran habilidad manual, resultaba un verdadero artista en el acto quirúrgico, operando velozmente aunque sin precipitación, con esa rapidez formada de simplicidad técnica, nitidez y precisión. Evitaba gestos inútiles para realizar una cirugía suave y atraumática. Supo

siempre decir las palabras justas para llevar serenidad al enfermo que se entregaba sin temor a sus hábiles manos, quien decía Iraola, le entregaba confiéndole también, plenos poderes sobre su vida.

En el anfiteatro su figura se agigantaba: con grandes incisiones sabía iluminar como nadie un pedículo hepático difícil; utilizaba eficientemente a sus ayudantes. En sus manos el abordaje del colédoco y de la papila parecían demasiado fáciles.

El acto quirúrgico realizado con método, suavidad, destreza, embelesaba a los que asistían a sus operaciones. Iraola, desde que incidía la piel y penetraba armoniosamente en la profundidad de los tejidos, transformaba la operación en una sucesión de láminas plásticas de conmovedora belleza. El cirujano brillante se doblaba en un artista, todo con espontaneidad, sin sobresaltos. La cirugía es arte noble para quien vuela tan alto.”.

Resultan imperdibles las semblanzas que evocan Pedro M. Etcheverría Prieto (de Durazno), Guaymirán Ríos Bruno (el recordado y querido “Chumbo” Ríos), discípulos dilectos de don Pedro Larghero Ibarz, y la realizada por Daniel Mautone Baras (de Maldonado), que hicieron, aquellos como cirujanos, y éste como practicante interno, sus experiencias enriquecedoras junto a este inolvidable Maestro sin Cátedra, con quien aprendieron humanidad, cirugía y ética.

Domingo Prat (1882 – 1973) nacido en Nuevo París, Montevideo, el 27 de setiembre de 1882, hijo de franceses procedentes de los Bajos Pirineos, ingresó a la Facultad de Medicina en 1903, graduándose el 17 de julio de 1909. Becado a Francia por su alta escolaridad, permanece dos años en París (1911 y 1912) junto a sus compañeros Iraola y Mañé, visitando como sus colegas los servicios de Pierre Delbet, Henri Hartmann, Jean L. Faure, François Lédars, cuya obra *Chirurgie d´urgence* fue el texto de constante consulta. Visita a Félix Devé en Rouen, eximio estudioso de la hidatidosis, y frecuenta el servicio de René Lérique en Lyon. Cuando en 1962, el Ministerio de Salud Pública, a través de su titular el Prof. Dr. Carlos V. Stajano, rinde un sentido homenaje a los fundadores de ese Servicio de Urgencia, hace don Domingo Prat a sus 80 años, un minucioso discurso de recordación y agradecimiento, en el que ilumina con su memoria los detalles de aquellos lejanos tiempos iniciales:

“Iniciamos nuestra actividad a comienzo de 1912 y actuábamos en cuatro turnos diarios, de tres horas cada uno, una noche cada cuatro y un domingo de guardia completo por mes. Nos acompañaban además como colaboradores dos Practicantes Internos, uno como anestésista y el otro como ayudante en las operaciones y encargados de atender los ingresos y llamados de las Salas.

El primitivo local del Servicio de Entrada fue inicialmente muy deficiente, puesto que sólo se contaba con una pequeña salita en la Entrada del Maciel, con una modesta mesa de curaciones donde se realizaban las operaciones, mezclándose en el mismo ambiente lo séptico con lo aséptico. Posteriormente se mejoraron bastante las instalaciones, pero sólo para agregar algunos boxes de exámenes, una salita de curaciones independiente y una sala más espaciosa y exclusivamente para las operaciones más importantes, pero sin mayor confort, puesto que no se contaba con la indispensable calefacción; además el Hospital Maciel no disponía de calefacción general y lo más grave era que los corredores eran ampliamente abiertos y que para conducir a los operados a las salas, existía el inmenso riesgo y peligro de complicaciones pulmonares, particularmente en invierno.

Muy posteriormente se consiguió esta mejora de la calefacción y el cierre de los corredores. Los únicos anestésicos de que disponíamos eran el éter suministrado con el Ombredanne o el cloroformo. No contábamos con el extraordinario recurso moderno de la transfusión sanguínea, sin rayos X y sin laboratorio de urgencia, cuando ni se soñaba aún en los antibióticos o sulfamidas, ni los más indispensables recursos del material sanitario de los quirófanos modernos.

Apresurémonos a destacar un hecho importante representado por nuestra prolongada actuación en el Servicio de Urgencia, que se prolongó para los cuatro integrantes a más de tres lustros de continuada actividad, lo que nos permitió establecer y adquirir una gran experiencia y una evidente especialización en tan importante rama de la cirugía especializada.

Consideramos que la tan prolongada actividad de que disfrutamos nosotros en la continuidad del puesto, nos favoreció muchísimo en nuestra experiencia, porque nos permitió adquirir un gran entrenamiento y la especialización en la compleja cirugía de urgencia, cosa que se comprobó rápidamente con los buenos resultados obtenidos, contrariamente a lo que ocurre en los países donde la cirugía de urgencia se realiza por cirujanos recién recibidos y que se turnan todos los años o cada dos o tres años.

Nos es grato declarar que después de una proficua actividad quirúrgica por la cantidad de pacientes y por la calidad e importancia de las afecciones más graves y temibles de la cirugía de urgencia, tales como la apendicitis con sus graves complicaciones, oclusiones intestinales y las graves heridas del abdomen, por arma blanca o de fuego, pudiendo comprobar con alborozo y emotivo entusiasmo, cuando ya logramos una perfeccionada práctica y experiencia en técnica quirúrgica, que nuestros resultados eran semejantes y comparables a los de los centros quirúrgicos más importantes o calificados del mundo, tanto es así que en nuestro país se admitió particularmente el éxito de nuestra cirugía de urgencia en el tratamiento de la apendicitis aguda y el eco de esta auspiciosa victoria terapéutica traspasó las fronteras del Uruguay, comprobándose la perfección exitosa de nuestra técnica, cuando la cirugía mundial consagró ulteriormente la gran conquista de que la apendicitis estaba ya vencida y derrotada, siempre que se cumplieran los principios fundamentales de un diagnóstico incipiente y se realizase la operación inmediata, antes de producirse las complicaciones.”

El libro, que contó con la colaboración de Jorge Nin Vivó (para la semblanza de Manuel Albo) y José María Ferrari (para la semblanza de Domingo Prat), además de los aportes testimoniales mencionados a propósito de José Iraola, despliega su rico contenido en nueve capítulos, precedidos por un prólogo (de Raúl C. Praderi), un prefacio, la presentación e introducción. Es acompañada de una valiosa iconografía, tanto del servicio como de los personajes descritos.

Finaliza con un excelente apéndice documental, que incorpora: los primeros trabajos sobre heridas tóraco-abdominales y sutura del corazón, de Manuel B. Nieto; el Reglamento de Médicos de Guardia, de 1917; el discurso pronunciado por el Dr. Manuel B. Nieto en 1926, luego de 10 años de cirujano de urgencia y 14 como director del Hospital Maciel; la semblanza de Manuel Albo realizada por Julio Nin y Silva, junto a otra escrita por Carlos Quijano; un resumen y extracto final del trabajo de Ricaldoni y Albo sobre Púrpuras crónicos sin esplenomegalia curado por la esplenectomía, publicado en París en 1924; la semblanza de José Iraola realizada por Víctor Armand Ugón; cartas desde París de Domingo Prat; discursos del homenaje del MSP a los fundadores del Cuarteto de Urgencia; discursos en homenaje a Juan Carlos del Campo; prólogos de Domingo Prat a su libro “Íleo, Oclusión y Obstrucción Intestinal”, y

“Abdomen Agudo”, de Juan Carlos del Campo. Finalmente, dos piezas de riqueza excepcional, debidas a Velarde Pérez Fontana, también él a su tiempo, aprendiz y luego profesor, sobre la Anatomía quirúrgica de las heridas abdominales del niño y del adulto, 1951; y La Apendicitis en el Uruguay, 1962, presentada en ocasión del Cincuentenario de la fundación del Servicio de Urgencia del Hospital Maciel (1912 – 1962).

Felicitaciones al autor y sus colaboradores, por haber rescatado en este tiempo de velocidades y nuevas tecnologías, la mejor tradición de la cirugía realizada por estos pioneros ejemplares de ciencia, arte y conciencia. Un libro cuya lectura disfrutarán los y las médic@s de todas las edades.